

AÑO XI—NÚM. 502
17 JUNIO 1911
ADMINISTRACIÓN,
MAYOR, 123.

El Pueblo

EN ESTA CIUDAD, 1 PTA.
SRMTRE. FUERA, 2'50
PAGO ANTICIPADO
N.º SUELTO, 10 CTS.

CRÓNICA LOCAL

MONOVAR

SE PUBLICA LOS SÁBADOS

Dulzainas

Ricamiel, era una preciosa villa, de la cual sólo conserva la historia un recuerdo: la inocente costumbre que voy á referir:

Todos los vecinos de Ricamiel, eran golosos, muy golosos; almas puras ajenas á todo vicio y preocupadas á todas horas en juguetes libres de malicia, relamiéndose con manjares bien cargados de azúcar.

El azúcar, indudablemente, hace buenos á los hombres.

Los vecinos de Ricamiel divertían sus ocios embromándose de mil formas, y era obligación de la *victima* reír la gracia del *burlador*. La venganza, la protesta y hasta el desprecio eran castigados. Había que interesarse con la burla y reír á mandíbula batiente del propio ridículo, so pena de verse obligado á pagar una libra de dulces al provocador, no siempre ingenioso, pero siempre dispensado por la costumbre.

Así en un sólo día D. Juan Calimaco marido muy celoso de Nisia, pagó cuatro libras de dulces á sus vecinos que se aprovechaban de la pasión terrible de don Juan, para sacarle de sus casillas.

Abochornado por tan repetidas burlas, el marido se fué de caza y la hermosa Nisia, quedóse á la puerta sentada en un banco rústico y á la sombra de un toldo espeso, de verdes pámpanos.

Ya declinaba el astro del día, cuando acertó á pasar un forastero provisto de unas alforjillas y trayendo en las manos un libro abierto, del cual no apartaba los ojos.

Llegando junto á Nisia, el hombre tropezó y cayó. Viéndola cerca, después de incorporarse velozmente, pidióle un vaso de agua.

Nisia le trajo el agua y le invitó á sentarse, para que se tranquilizara y repusiera.

El viajero, cuando se hubo sentado, prosiguió su letura.

Nisia le contemplaba con asombro de no haber excitado su curiosidad. Segura de su belleza, dolíale tanto despego, y casi saltaron lágrimas de sus ojos, cuando vió que seguía el viajero volviendo las páginas, del todo abstraído, sin mirarla una sola vez, ni agradecerle su condescendencia.

De pronto dió un grito aterrado.

El viajero levantóse, y cerrando su libro abrió la boca.

Nisia le miraba con espanto.

—¿Qué ocurre?—dijo el hombre con voz entrecortada.

Nisia, empujándolo hacia el portal, sollozando tristemente decía:

—Mi marido es muy celoso: viene de caza: hoy está exaltado y puede hacer algún disparate si repara en usted.

El forastero se quedó hecho una pieza.

Nisia continuó empujándole hacia dentro.

El hombre pronunciaba frases incoherentes, entrecortadas, incomprendibles.

Nisia le dejó en el zaguán, volvió á la calle y cerró la puerta. Sentóse tranquilamente bajo la parra y esperó.

Una hora más tarde, volvía de caza D. Juan Calimaco.

—¡Ay, esposo mío!—le dijo Ni-

sia muy acóngojada,—vino un hombre, se cayó junto á mi puerta, pidióme un vaso de agua, invitóme á descansar, díjome amores.

—¡Oh!—rugía el marido.—¡Ah! ¡Oh!—Y de sus ojos brotaban chispas y de su boca salían espu-marajos de rabia.

—Para castigarle—prosiguió ella—le dejé encerrado y ahí le tienes aún. Toma la llave.

Calimaco seguía rugiendo como una bestia. Odio, placer, delirio inmensurable de su venganza, conmovieron todas las fibras de aquella naturaleza montaraz.

—Abre,—gritaba ella.—Si abre y despedázalo.

Calimaco acercóse á la puerta, introdujo en la cerradura la llave y...

En aquel momento resonó la carcajada espléndida y ruidosa de Nisia.

D. Juan la miró asombrado, pero ella repetía:

—Sí, abre, abre!

—No,—dijo el marido.—Quieres engañarme, quieres que me irrite, quieres comerte una libra de dulces. ¡La quinta que hoy pago!

Y cogiendo la escopeta, se volvió á cazar.

Entonces Nisia hizo salir al forastero, que ya estaba moribundo, y le preguntó sonriendo:

—¿Quiere decirme de qué trata ese libro tan... interesante?

—De las tiranías y astucias de las mujeres.

—Pues, añada usted un ejemplo más, prosiga su camino y que Dios le guarde.

EL PUEBLO

Parlán de negosis

—Chimo, fes el favó.
—¿En dius á mí?
—Sí, á tú. Vine.
—¿Qué hay?
—Y d'aixó ¿qu'en dius?
—Vach está anit en éll.
—¿Sí? Contam.
—Pos li vach di lo qu'en vas di.
—¿Y qué?
—Van está raonán, y per éll no hay novetat.
—¿Poro li vas explicá la caso?
—¡Chi, sí! En es mateixes paraules que mu vas di tú.
—Es di, ¿que puc contá com á fet...?
—¡Home! á mí no'n cap ducte; yo crec que á éll li convé y á tú tamé: as dos vos convé.
—¡Es cla!
—Yo, per lo manco, u entenc aixina, ¿saps?, porque... ¿saps?... Hara, si Quito el día de demá... ¿saps?... Porque puguera sé... ¿Has comprés?
—Conformes. No més que tú saps que yo tinc que chapá en tento porque el mon va aixina.
—¡No! si tú fas be. ¡Encara faría yo més! Ya posat lo mateix te al bras qu'al muscle, vulle di, que lo mateix te per dos que per quatre. ¿Estás en la caso?
—Bueno; vols di tú qu'el perill podía se en el cas de qu'es chirara el arie...
—¡Hara u has di!
—Y que si per la moua part yo afluxara ó m'abocara, podía escorres...
—¡Chust!
—Ira, Chimo, males cosas son es cosas que no se fan be dende un prensipi. Dempués tot son carabasináes y no saques res en blanc. Astó tu dic á tú, porque hay confiansa.
—Ya saps que pa mí, tú eres el primé, y qu'en alsá no més el

dit, Chimo es tira de cap aón li manes.

—Aixó no es menesté nomenaro, Chimet, y lo mateix el dic á tú. ¿Ha hagut alguna volto qu'haches buscat á Tomaso y que no l'haches encontrat? Una volto vas nesesitá un armut de guixes, un atra volto la capsana de la somera... ¿y qué? guixes en seguía y cabestre al canto.

—¡Pos sí que m'agrà! Lo teu pa mí, com si fora meu.

—Pa que sapies que sempre estic en el puesto d'es homens.

—¿Vols plegalo?

—¿Es fort?

—D'á díuit. Ñas un papé.

—Papé no en vull. M'acostumbrat al de la Caena, que no li encontre gust al tabaco en atra.

—¿Y cóm li vas entrá?

—¿Al papé?

—No, home, á Quito.

—¡Ah! Pos en vach arrimá á éll, y li vach di: ascolta, Quito, ¿aón vols que parlem? Y chino, chano, fenme el dezentés, ¿saps?, pa que no creguera Quito, ¿has comprés?... Yo ya se lo qu'en fach.

—Lo milló, lo milló que podíes fe.

—...Que no cregues tú qu'el personal...

—¡Cordóns! ¡tamé conceixes el paño!

—No, si no tens res que fe encaixat... y ixes enfangat; porque no li pegues boltes, á l'arremat, pell.

—Per ahí vas seguit.

—¡Sabrem aquí en qui s'achúa es dinés!...

—Bueno, que dem aixina: conformes y entesos.

—Aixina quedem. No parlem més.

—Sí, sí.

—Per la meua part y per la d' éll, arreglat.

—Sí, sí.

—¡Ale, pos tot está dit!

—Ascolta, ¿saps qu'ha pensat yo una caso?

—¿Quína?

—Que vegues tú á Quito.

—¿Á Quito?

—Sí; que parles tú mateix en Quito.

—Potse que siga lo milló.

—¡Sí, home!

—Entonses, res de lo parlat entre matros.

—Res de lo parlat.

—Y yo voré al mateix Quito.

—Eso es.

—Y de lo que han parlat matros, com si no haguerem parlat res.

—Fete conte que no mos han vist.

—Bueno, pos entonses, res.

—Conformes, res de lo dit.

—Adiós, Chime.

—Adiós, Tomaso.

CAÑIS

A nuestros suscriptores de Argelia les rogamos que nos envíen el importe de sus abonos.

El precio de nuestra suscripción para el Extranjero, es de dos pesetas al semestre.

Esque'as funeral y Recordatorios en esta Imprenta.

Siluetas femeninas

La tarde estaba riente y bonancible. Abundantes y hermosas mujeres de diferentes edades paseaban regocijadas y charlatanas como siempre, por las frondosas avenidas de nuestro primer centro de recreo.

Recostado con indolencia americana me encontraba en un banco del jardín, viendo discurrir á las bellas y (otras que no lo eran,) sin prestar atención á sus múlti-

EL PUERTO

bles conversaciones hasta que una frase indiscreta unida al nombre conocidísimo de un joven de nuestra buena sociedad, me hizo salir de la especie de amorramiento en que me encontraba, y prestar atención á la conversaci6n que se sostenía en el grupo de jóvenes del que había salido el nombre de mi amigo.

Sin duda alguna no habían notado mi presencia, porque haciendo una parada cerca de mí, siguieron en su charla, que no era otra que desplumar á mi joven amigo.

¡Que de cosas Dios mio oí!

Que si pretendía á fulanita, y le había dicho que no; que si la mengañita también lo había despreciado, porque no tenía carrera; que si los padres de la perengana le habían dicho á su hija que no admitiera relaciones de aquel hombre incapaz para ganarse el pan y que se yo cuantas cosas más por el mismo orden.

Pues yo, añadí una del corro

(que no había desplegado sus labios hasta entonces), si me dijera algo también le daría un no, porque, chicas, tienen razón. Y yo...; y yo, añadieron las restantes.

Me quedé extático al oír semejantes diálogos, porque yo que me honro con la amistad íntima del desplumado, me consta que de las tres del corro conserva cartas y reliquias... que prueban todo lo contrario de lo que decían; y que las tres ausentes beben los vientos por el moreno, pues moreno y muy simpático y con circunstancias es mi amigo, y lo que es mejor que todo: con mucho dinero; por lo menos así lo creo.

XX

NOTICIAS

La Audiencia territorial de Valencia ha confirmado la sentencia de nuestro Juzgado de 1.ª instancia, en el interdicto apelado, que interpuso D. Fernando Pas-

tor, como representante de la Sociedad *Neptuno*, contra el alcalde y demás individuos de la Junta administradora de las aguas de la Cañada de la Iglesia.

Nada hemos querido decir sobre este asunto, que tanto ha apasionado los ánimos entre el vecindario monovero, mientras la apelación estuvo *sub judice*, para que no se viera en nosotros parcialidad de ningún género y para que en nada pudieran afectar nuestros juicios que, aun siendo modestísimos, en todo caso alcanzarían relativa importancia expuestos en letras de molde; pero siempre consideramos lógicos nuestros artículos referentes á este asunto de las aguas, avalorados por la sentencia que dictó el dignísimo juez de este partido, cuya competencia elocuentemente la vienen proclamando las sucesivas confirmaciones de sus fallos hasta ahora apelados.

Esto puede servir de norma de

4

«Y, en efecto, durante dos años fué mía en apariencia, siempre mía.»

«Viviendo á mi lado, dejándose adorar, obedeciéndome indolentemente á mis caprichos, dominándome de un modo hábil adormeciéndose por pereza entre mis brazos, vejetando, en fin como una planta clorótica en un invernadero de lujo, hacíame creer que Dios había oído mis votos delirantes y que su amor era igual al mío.

«En ciertas ocasiones, sin embargo, viendo el pliegue de cansancio que daba á sus labios una expresi6n de beatitud infinita afligíame pensando que mis caricias podían ser demasiado violentas para su piel de seda, y que mi aliento de fuego podía lastimar su boca de flor. Así, más de una vez me propuse no

EL HOMBRE DE LOS OJOS VERDES

POR

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

Al fin de la cena, el hombre de los ojos verdes me llamó aparte y me dijo: «Todos esos caballeros que acaban de hablar con entusiasmo de la fidelidad de sus mujeres y del amor de sus queridas, son unos mentecatos, á menos que no sean unos hipócritas. En París y aun en todas las grandes ciudades del mundo, el amor antiguo, el verdadero

EL PUNHO

conducta para en lo sucesivo, y de lección á los que tan fácilmente aportan dinero para empresas de una problemática legalidad, pues sentimos que se aventure un dinero á costa de tantos sudores reunido.

El jueves por la noche abrió sus puertas al público el amplio barracón, que con el rótulo de «Palacio de la ilusión» se ha instalado en la plazoleta de la Iglesia.

Verdaderamente el espectáculo merece el favor que le dispensó el público que lo aplaudió con entusiasmo y que llenó el local en cuantas secciones se dieron.

El maestro barbero Francisco Maqueda Rico ha trasladado su establecimiento á la calle de Salamanca, número 21.

En la clínica del médico don Juan Pérez Rico se ha aplicado nuevamente en estos últimos días,

el 606, á cuatro enfermos de avariosis, con éxito tan satisfactorio como en el primer caso del que nosotros ya dimos noticia al público.

El martes tuvimos la complacencia de saludar en ésta á nuestro muy querido amigo de Pino-so, D. José M.^a Tévar.

El sábado dió á luz una preciosa niña la esposa del artesano Francisco Sala Monsó é hija de nuestro amigo D. Adelardo López.

La última novedad en corbatas de seda y punto, podían verla en casa de Francisco Navarro, (Luis Martí n.º 11); el cual acaba de recibir un extenso surtido para la venta, de una de las más importantes casas de Barcelona.

PRECIOS INCREÍBLES

DE ELDA

Recibiendo muchos aplausos se despidió anoche la compañía que

dirige el Sr. Balmaña, y que actuada en el teatro Circo Castelar.

Sentimos no haber podido continuar pasan lo los ratos tan agradables que nos proporcionaba; pero haremos lo posible para que al terminar en Monóvar, donde han ido, vuelvan á darnos á conocer otras varias obras de las muchas y buenas que llevan en el repertorio.

Mientras tanto preparemos las manos para, si conseguimos la vuelta, acogerlos con aplausos, 14 de Junio.

Alejandro Such Más

Agente de Seguros:

Incendios—Vida—Accidentes
Corredor de fincas y préstamos

y

Representante de las «Miniaturas Peka», ofrece sus servicios,

Hernán Cortés, 8, Novelda

Encargos á José Marín Verdú.

Iimp. de J. Amo: MONOVAR

amor, lo que mi pobre amigo Larcher llamaba «amor-pasión,» no existe ya sino como caso raro, como asunto de novela ó como signo de debilidad psicológica.

Por mi parte, yo soy un débil, un atrasado, un superviviente de generaciones antiguas. Yo he creído en el amor como en una religión. Yo he estado loco, sí, loco materialmente, por una mujer que no valía ni más ni menos que las mujeres en general... Usted debe haberla conocido: se llamaba Marta de San Lys y en el fondo era un monstruo; pero como tenía los ojos muy azules, muy tiernos y muy grandes; la cabellera muy rubia las manos muy aristócratas y los labios muy inocentes, todo el mundo la tomaba por un án-

gel. Marcelo Verdi, el poeta de las *Violetas envenenadas*, solía llamarla Nuestra Señora de la Sonrisa y el viejo pintor de La Plane la aconsejaba siempre que vistiese de blanco, toda de blanco, para semejar á las madonas frágiles y enfermizas de los cuadros religiosos de la Edad Media.

«¡Dios mío!... Cuán fácil es blasfemar inconscientemente!... Yo mismo que hubiera debido conocerla, arrodillábame todas las noches ante ella, para recitarle las letanías de mi pasión: «Rosa—la decía,—rosa virginal, lirio de carne, azucena de amor, puerto de la bendición y de la dicha, era santa, copa sellada, copa inagotable del placer, ave piadosa, ave blonda, paloma incomparable, sé mía, sé mía siempre!»